

JOSÉ S. GONZÁLEZ VERA

## G U I L L E R M O L A B A R C A

---

MARIANO Guillermo Germán Labarca Hubertson nació en Santiago, el 18 de julio de 1878.

Apenas anduvo —residían entonces en Isla de Chimbarongo—, su padre don Mariano, jefe de estación allí, le enseñó a cabalgar y, cuando estuvo crecidity, el uso de una vieja escopeta que se cargaba por la boca.

Si uno de sus hijos incurría en desaguisado, don Mariano hablábale largamente, sin pegarle, se emocionaba y solía llorar. El pecador habría preferido un moquete, porque era inevitable que lo arrastrase el llanto paterno.

Doña Juana, su madre, de acentuado temperamento sajón, “era muy observante de las prácticas de la iglesia y yo me rebelaba —dice Guillermo— de continuo, pues siempre fui ateo o arreligioso. Me escabullía de misa, y en una ocasión en que me quiso obligar a rezar un trisagio, me negué a hacerlo, alegándole que yo respondería por mí mismo ante Dios, si éste existía.

“Mis lecturas empezaron en la niñez; pero no fueron libros de cuentos los que leí. En mi casa había muchos volúmenes sobre la Guerra del Pacífico y aquéllos eran los que yo devoraba ansiosamente. Recuerdo un folleto sobre el general Lagos y una historia escrita por un señor Spila. Más tarde, ya en el colegio, cuando recibía cuarenta centavos semanales para dulces, me compré la historia de Carlomagno y los *Doce Pares de Francia*, que me costó una chaucha. Luego vinieron otras lecturas: la infaltable *Genoveva de Bravante* y el gran hallazgo de *Los Tres Mosqueteros*, que fueron los héroes predilectos de los niños de mi generación.

“Oí continuamente hablar de política en mi casa, pero no entendía nada de aquello. Intrigado consulté a un amigo de mi padre, hombre inteligente, que siempre hablaba con mucha claridad.

—Esto de los partidos —me dijo— es muy sencillo: imagínate que una familia vive en una casa. Un miembro de esa familia dice: “hay que conservar la casa tal como está y hay que seguir las costumbres de nuestros antepasados”. Estos son los conservadores. Otros dicen: “es necesario refaccionar la casa y cambiar ciertas costumbres, pero lo haremos más adelante”. Estos son los liberales. Y los radicales dicen: “La casa hay que arreglarla y las costumbres deben ser modificadas. Hagámoslo inmediatamente”.

—Entonces —respondí— yo soy radical”.

Así eran los radicales al despuntar este siglo.

“Estudié mis humanidades en el antiguo Instituto Andrés Bello, cuyo propietario era un caballero llamado Pedro Antonio Pérez, hombre inteligente que escribió mucho con el pseudónimo de Kephas.

“Cuando se terminó el Andrés Bello, pasé al San Pedro Nolasco. En este colegio, como en todos los de aquella época, existía una disciplina terrible, con la que no se lograba sino aumentar el espíritu rebelde de los muchachos. Se usaba el famoso guante con el cual se azotaba la mano de los niños. Existía la creencia de que dos pelitos colocados en cruz sobre la palma, aminoraban la fuerza de los golpes y siempre poníamos en práctica este sistema, a pesar de haber comprobado su ineficacia. En los pasos de estudio, que se estilaban entonces, bastaba un movimiento cualquiera para que el alumno se ganara unos golpes de guantes. Una vez, en una clase, antes de la llegada del profesor, yo, que era el más pequeño del curso, y otros dos alumnos, escribimos no recuerdo qué insolencias en la pizarra. Cuando el profesor las vio, mandó llamar al vicerrector. Este, para arrancarme la confesión de quiénes habían cometido la falta se paseó conmigo por el patio durante una hora, dándome golpes de guante cada cuatro pasos. Aquella noche tenía las manos tan hinchadas que no pude desvestirme por mí mismo. Al día siguiente me hicieron permanecer arrodillado. Acaso de esto provenga, en parte, mi irreligiosidad”.

¿No recuerdan éstos a los profesores crueles, insanos, sombríos de las novelas de Dickens?

“Como los compañeros me vieran más de una vez en manifestaciones políticas estudiantiles, siempre del lado liberal, fui expulsado. Pasé entonces al Instituto Nacional. En ese tiempo llamaban a los externos *matuchos* y a los internos *degollados*, esto último acaso porque andábamos muertos de hambre, a causa de la mala comida. Fui un degollado bastante revoltoso, a pesar de ser el penúltimo en tamaño en el patio grande del Instituto. La primera noche que pasé

allí, antes de dormirme, vi alzarse al lado de mi cama, la silueta larga y delgada de uno de mis compañeros que pretendía echarme cebadilla en la nariz. Me hice el dormido y, cuando llegó el momento, le di un puñetazo en el pecho. Al día siguiente nos hicimos amigos. Resultó ser Diego Dublé Urrutia. Este editaba un periódico llamado *Inspección sin Máscara* y me invitó a entrar en la Academia Miguel Luis Amunátegui, formada por alumnos del Instituto".

Fijáronle fecha a Guillermo Labarca para leer un trabajo en la Academia. Nervioso pensaba en éste y en el otro tema, eligiendo, finalmente, el de *Carta a un amigo* que, una vez leído, mereció el honor de imprimirse en un folleto de tapa roja (1894). Qué emoción la suya al oír a un grupo de condiscípulos leerla en voz alta y ver los rostros interesados.

En aquella revela a su amigo imaginario: "unas cuantas reflexiones me bastaron para eliminar a las musas. Resolví, pues, hacerme prosista" y, seguidamente, agrega: "¿no encuentra que es cosa más que justificada para suicidarse no poder escribir?"

"Allí hice mis primeros trabajos literarios. Nunca antes se me había ocurrido escribir. También estaban Alberto Cabero que, sobre todo, leía muy bien. Teníamos de profesor de declamación a un señor Alvarez, que lo había sido de Vico y dividía el mundo en dos porciones: de un lado los que declamaban, y del otro los que no declamaban, la morralla".

Sintió Labarca predilección por un bohemio con ojos azules y rostro de Cristo, llamado Oscar Sepúlveda, en cuyos versos seguía a Heine y que era redactor de *La Ley* y *La Tarde*. Compuso piezas teatrales, una en colaboración con Pedro Rivas Vicuña, otra con Manuel Mackenna.

Al cerrarse aquellos diarios, Oscar Sepúlveda determinó irse al Ecuador en donde, no le cabía duda, triunfaría. En Antofagasta lo dejó el barco. Conoce allí al poeta Carlos Pezoa Véliz y juntos van a la pampa a buscar suscriptores para un diario porteño. De vuelta a Antofagasta van a un mitin y cuando éste terminó, Sepúlveda fue muerto de una puñalada.

"Más tarde escribía en *La Ley* y fui amigo de Marcial Cabrera Guerra, Antonio Orrego Barros, Leonardo Pena, Augusto d'Halmar y del dibujante Santiago del Pulgar, hombre muy bueno, con quien sacamos *Instantáneas*".

Santiago del Pulgar era buen caricaturista. En *La Comedia Humana*, revista satírica, hizo una en que el Presidente don Pedro Montt tocaba el piano, y su mujer bailaba cueca con un político de renom-

bre. La policía golpeó sin clemencia al dibujante y en camilla lo abandonó en la frontera. Del Pulgar logró, sin embargo, recuperar su salud y se estableció en Nueva York.

En *Instantáneas*, Labarca conoció a Carlos Pezoa Véliz y se convirtió en su amigo. Años más tarde aquél yacía en un hospital santiaguino, enfermo de muerte, y le confió sus originales que, en seguida, Labarca puso en manos de Ernesto Montenegro. Este se propuso editarlos. Previa selección, los dio a la imprenta con el título de *Alma Chilena*. Los originales eliminados quedaron en poder de Armando Donoso.

Guillermo Labarca empleóse de furriel en la Academia de Guerra (1898). Su sueldo ascendía a treinta y tres pesos y treinta y tres centavos.

—¡Llaman al furriel Labarca! —bramaba el centinela.

El visitante asiduo era Augusto d'Halmar que iba a consultar el diccionario, pues siempre solía necesitar hermosas palabras para labrar su prosa.

Escribía el furriel Labarca los dictados de su Capitán, pero éste, al enterarse de que era escritor, le expresó ásperamente:

—Sepa usted que en adelante yo escribiré —y mirándole y con voz reglamentaria y más severo aún—: ¡Le ordeno hasta nuevo aviso dictarme toda la correspondencia!

De 1898 a 1912 Guillermo Labarca publica artículos, cuentos descriptivos, algunos con el pseudónimo de Valduino. Se le encuentra en veladas, banquetes literarios, en los célebres machitones de don Pedro Nolasco Préndez, en cenáculos, discutiendo lleno de animación, terminante. Es prosecretario del Ateneo.

A comienzo de este siglo anúnciase una novela suya: *Los Crepúsculos*. No bien la concluye y relee, se convence de su poco mérito y la deja entre sus papeles (24 de junio de 1902). Son 105 hojas. Confiesa en ella que "no hay nada peor que mirar a sangre fría lo que nos entusiasmó alguna vez", y también: "no existe otra dicha que la que se encuentra dentro de sí mismo".

Guillermo Labarca parecía a ciertas personas un poquitito engreído, quizás si pedante, acaso por ser discutidor y por aludir a libros e ideas nuevos pues no hacía sino leer. La prueba de su comercio con los libros llevábala en sus ya curvas espaldas.

Con rostro de gringo, anguloso, alargado, era "de un ánimo inflaqueable, de una testaruda tenacidad (d'Halmar)". "Reía muy poco, era alto, delgado, con pequeños ojos azules. Se le escuchaba con deferencia (Januario Espinoza)". Horrorizábale convertirse en hombre

gordo. Sólo picoteaba la comida. Las palabras salíanle disparadas, pero si ablandaba el tono casi difundía ternura. Era un romántico amor-dazado.

En el hogar de uno de sus parientes conoce, a fines de 1903, a la joven Amanda Pinto Sepúlveda, estudiante de castellano.

Ella debió conmoverlo. ¿Si no cómo entender que le envíe, desde el día siguiente de conocerla, carta tras carta y que, para asegurarse la servidumbre de mira, él también ingrese al Instituto Pedagógico, pero a historia?

Su primera misiva carece de encabezamiento. Comienza: "Gorki, palabra rusa que significa desdichado..." En seguida alude a Judith Gautier, "que casó con Carlos Hugo (hijo del poeta) para separarse de éste y unirse libremente con Catulle Mendés, el insigne miniaturista". Prosigue con Ibsen que ha fijado el idioma noruego, "dándole la consistencia y la fuerza de tal, que antes no tenía. Sus compatriotas han retribuido los esfuerzos de Ibsen elevándole una estatua (en vida)".

Dice más, muchísimo más y, cuando se le concluye el papel, salta al margen y a manera de despedida agrega: "Celebraré muy de veras, señorita Amanda, que estos cortos detalles que escribo a la carrera y fiado únicamente de mi memoria, puedan serle de alguna utilidad". Y firma Guillermo Labarca H. dentro del óvalo perfecto que es su rúbrica.

La señorita Amanda se inscribe, además, en historia para complacerse otra hora con el brioso prosador. Sin embargo, juntos llegan al Pedagógico, juntos lo abandonan, juntos miran los árboles, juntos sonríen, juntos leen a los rusos, juntos conversan y juntos van y vienen de la mañana a la noche.

El padre de Amanda no abriga sentimientos tan tiernos por el pretendiente. Si dependiera de él, no lo vería. Tampoco el prosista traga a su suegro potencial. Lo sufre calladamente.

No era costumbre que una doncella anduviera con su amador tantas horas seguidas. Con los días aumentó la desazón del padre que, desesperado, la conmina:

—¡O te casas mañana o te meto a un convento!

La enamorada, llorando, consulta a su prometido y éste, muy serriecito, como será a lo largo de su existencia, trémulo también, exclama:

—¡Nos casamos mañana!

Cumplen con el registro civil. Sólo por no disgustar a su madre, él entra por última vez en la iglesia.

Amanda adopta los apellidos de su esposo y será, definitivamente, Amanda Labarca Hubertson.

Su vinculación con los militares, determina que sea invitado a pasar la luna de miel en el Fuerte Punta Parra.

Su Capitán lo despide diciéndole:

—Ojalá vuelva pronto. Mire que las notas que usted me dicta me las encuentran muy buenas.

La vida en el Fuerte es grata para la pareja, pero al escritor lo impresiona el carácter tremendo del comandante de la fortaleza, hombre brutal, arbitrario, sin miramientos, y mientras dura su estada, y durante años, no hay instante en que no compadezca a la sufrida esposa de aquél. La disciplina terrible que el comandante impone lo espanta, hiere su sensibilidad. Abrevia su permanencia en el Fuerte y lo deja, pero conservará una brasa en la memoria.

En 1905 aparece *Al amor de la tierra*, su librito de cuentos rurales. Su prosa se dispara hacia el canto. Ya es autor de gran relieve y es aplaudido por los que piensan con el corazón, pero los críticos, sin mezquinarse alabanzas, apuntan:

"Hay en esos cuentos mucha naturaleza que, eso sí, es la nuestra. Tal vez haya demasiada descripción... Yo quisiera todo más impresionista" (d'Halmar).

"Tal vez el más completo como acción es el titulado *Gente Serrana*" (E. P. D.).

"Es de los pocos escritores que, junto con Baldomero Lillo, ha incorporado los animales a la vida de sus personajes" (Mariano Latorre).

"No ahonda mucho en la psicología de los personajes. El amor es el alma de este buen libro. El lenguaje es sencillo, pintoresco, despreocupado" (M. de Avila).

Vinieron meses y años difíciles en que apenas reunía el coste de la pensión. El sueldo de furriel, si bueno para un anacoreta, no lo era para dos. Guillermo Labarca renuncia al arte de la guerra y se convierte en secretario de la revista *Zig-Zag*.

Sus estudios de humanidades habían sido caprichosos. Siguió, por ejemplo, historia y no francés. Sólo al sentirse cautivado por Zola y Flaubert lo aprende con un texto en lengua gala y otro en castellano. Tenía memoria, una gran memoria, y era capaz, al final de una lectura atenta, de repetir capítulos de un libro sin notables titubeos. Pronto pudo leer francés sin dificultad, pero su dicción era personal.

Eso de saltarse ramos e ir dándolos al azar, debíase a su pasión política. Entre comer y asistir a una asamblea del radicalismo, pre-

fería la asamblea. No faltaba a ningún desfile enderezado contra el gobierno o los retrógrados. La lucha por disminuir el dominio eclesiástico, a la que se entregaba con ardor, consumía su tiempo.

Muere en el norte, combatiendo la fiebre amarilla, un estudiante. El gobierno se emociona y organiza un acto, tanto para enaltecer la memoria del mártir como para honrar a los demás universitarios. Los asientos de abajo, pongan atención, son cedidos a damas y caballeros de la nobleza santiaguina que, si estimables éstos y seductoras aquéllas, no eran sino espectadores.

A los que recibirían el homenaje, a los compañeros del héroe civil, se les reservó la galería. Un maestro de ceremonia subía y bajaba con recados. Cuando le correspondió hablar a un camarada del mártir, éste negóse a descender y la fiesta acabó en desaire.

—¡Meterse con rotos! —maldecían en la platea. Los de la altura sintiéronse acometidos por una risa que les duró días.

Contra el espíritu de clase del señor gobierno, más insensato aún en esa circunstancia, creóse la Federación de Estudiantes, que presidió el Dr. José Ducci Kallens y tuvo de secretario a Guillermo Labarca.

Don Valentín Letelier, rector de la Universidad de Chile, se entusiasma con la Federación y le construye un altillo por el costado de San Diego.

¡Cuán difícil es hacer el bien!

No tardaron los mozos en apedrearle los vidrios de su propio domicilio.

Don Valentín, luego de apreciar el daño, expresó:

—Estos muchachos tienen vitalidad —e hizo reponer los vidrios.

En 1907 Guillermo Labarca entra a enseñar historia en el Liceo de Aplicación de Niñas.

Aquella brasa que se fijara en su espíritu mientras estuvo en Fuerte Punta Parra, siguió quemándolo. En silencio escribe una novelita que titula *Mirando al Océano*. La presenta al concurso del centenario. Del jurado sólo vota en su favor la dama. ¿Era doña Mariana Cox? Los caballeros se inclinan por *Hogar Chileno*, de Senén Palacios, obra casi olvidada, salvo en lo que dice del espino y del temperamento del chileno.

El desagrado que la decisión pudo causarle se palia con una beca en Nueva York. Allí siente tremenda nostalgia. Traba amistad con Severo Salcedo, chileno que fue a enriquecerse, pues entonces se creía que en el país de los yanquis el oro estaba a la vista. Salcedo, empero, subsiste de rentas que le envían con no mucha puntualidad de Chile. Este descendiente directo de Jeremías compara lo neoyor-

quino con lo que dejara en su tierra, suspira largamente y en tono elegíaco se lamenta:

—Estos no son árboles; qué gusto le encontrarán a esta porquería de melón. No hay nada bueno que llevarse a la boca —y, por no fenecer, hacíase enviar de Valparaíso charchi y chuchoca, sin anunciar jamás su regreso.

Una vez que se le reúne Amanda, y él termina sus cursos en la Universidad de Columbia, se van a continuarlos en La Sorbona (1912).

*Mirando al Océano* se imprime en Santiago durante su ausencia (1911) y levanta entonces y después el siguiente coro:

“Desgraciadamente se nota una marcada tendencia a vituperar la disciplina del ejército” (Domingo Amunátegui Solar).

“En la obrita maestra de Guillermo Labarca hay una fina orquestación en la que se despliegan, por turno, la sensibilidad de su temperamento, lo agudo de su percepción y la ponderada objetividad de su talento” (Ernesto Montenegro).

“No conozco ninguna obra de ficción que pinte nuestra vida de cuartel en tiempo de paz. De este modo el autor de *Mirando al Océano* me parece casi un creador. La calidad del estilo y los diálogos nunca serán suficientemente recomendados. Aquello es casi nuevo en Chile” (Eliodoro Astorquiza).

“Este diario de un conscripto es, desde el punto de vista literario, uno de los libros que más me han agradado en los últimos tiempos; es una deliciosa combinación de realismo y poesía” (Omer Emeth).

“La sabiduría del límite y el arte sutil de los detalles nos parecen las dos características fundamentales en su arte. Es rico y contenido. Nunca va más allá ni más acá, ignora la frase ampulosa y la frase raquíca. Está en el término medio en que los antiguos colocaban la perfección y de ahí la juventud permanente de su prosa” (Alone).

Guillermo Labarca, que sigue en París, en los almuerzos discute con un rumano, no sólo conservador, sino retrógrado. Habla con igual rapidez que en castellano, pero con pronunciación tan particular que el suyo sabe a francés inventado, de manera que los parisienses, desentendiéndose de sus razones, no podían evitar la risa.

Apenas regresa colabora en *La Opinión*, va a la logia y reanuda su contacto con el radicalismo.

Está por vacar la rectoría del Liceo de Aplicación y cree que podría ser elegido. Tiene ideas modernas sobre educación y hasta se siente capaz de emprender una reforma de la enseñanza. No le falta carácter, quizás le sobre, es decidido para actuar y se entiende fácilmente con los alumnos.

—¿Cómo te van a nombrar si no eres profesor y ni siquiera bachiller?

Gracias a su pasmosa retentiva se prepara y rinde examen de los ramos de humanidades que le faltan; da bachillerato; sigue con los ramos del Pedagógico. Redacta su memoria acerca de Rodrigo de Quiroga, que la mano de un miembro de la comisión enjuicia así: "Bueno. Con estudios más... (hay palabras tachadas) de las fuentes habría podido hacer un trabajo excelente".

Desarrolla su clase práctica y llama a la pizarra al alumno Laín Diez, aspirante a sabio, y ambos se lucen. Recibe Guillermo Labarca el título de profesor de historia y geografía.

Ahora sí, piensa, puede postular al rectorado.

Cierran el concurso, ven los infinitos papeles de cada candidato, sopesan sus virtudes y limitaciones y ¿a quién eligen? A otro.

Entonces resuelve no concursar en su vida ni solicitar ningún cargo.

Era maestro de verba apasionada, muy claro, de voz terminante, terminante para expresar lo que sabía, terminante al exponer sus dudas o confesar lo que ignoraba. Zumbón, ameno, relataba la historia como sucesión de aventuras, fascinando a sus discípulas, sobre todo al referirse al pasado de Francia o al valor ciego de los japoneses.

Hacía la clase arrimado al pupitre, con ese aire firme, cabal y dominador que se le acentuó en la madurez. Lo admiraban por igual desde la más pequeña a la más grande.

Transitoriamente enseñó también en el Liceo La Ilustración. Una mañana, alumnas de nueve a once años, entre las que figuraba Marta Brunet, sorprendieronle con una ronda. Lo dejaron al centro y tomadas de las manos fueron dando vueltas a la vez que canturreaban coplas en su honor.

La directora ¿qué es el bien, qué es el mal? las dejó castigadas.

Ni las pobrecitas eran culpables de admirarlo ni el maestro por suscitar tal sentimiento. En donde estuviera y por donde fuese, callado y serio, sin pretenderlo ¿o lo pretendería? emocionaba a sus prójimas, que así llamaba a toda mujer.

En los recreos tomaba el sol no lejos de las colegialas. Si alguna miraba ávidamente los sándwiches, pasábale una moneda:

—¡Compra!

De los consejos de profesores escapaba indignado:

--¡No puedo aceptar que se difame a los niños, que se les trate como si fueran adultos!

En las excursiones era el alma: dirigía toda suerte de entretenimientos.

Era emotivo, aunque enemigo de cualquier demostración afectuosa. Por nada cogía el brazo de una mujer, o se dejaba coger el suyo.

Supo temprano cómo eran y, sin dejar su acento áspero, las estimulaba. Recibía confidencias de niñas y matronas; debió absorber sollozos, taimaduras, actitudes desdeñosas y sufrir el daño de ese hablar de sentido interior en que, con preguntas soslayadas o rodeos, sonsacan, de quien dialoga con ellas, confesiones que precisan íntimamente.

Acaso hallara placer promoviendo esos diálogos de suma agudeza, en que se funden el juego y la lucha.

Grande debió ser su ascendiente, pues no hubo una que no se iluminara y lo pusiese por las nubes al recordarlo.

Su modo nada halagüeño, su voz llena de razón y lo que se difundía de él, a través de la plática o por mera presencia, debía henchirlas de confianza.

“El único feminista que he conocido es Guillermo Labarca”, aseguró una dama hermosa, instruida e inteligente.

Va asiduamente a la cordillera en 1916. Está escribiendo una novela titulada *Los Hombres*, que concibió en 1911. Pintaría al campesino acomodado en su actitud frente a la mujer, pero, por gustarle trabajar al aire libre, un súbito vendaval le arrebató los originales, dos o tres capítulos, y los hace desaparecer. Inútil le resulta que suba o se meta en las hondonadas. No descubre rastros de sus manuscritos.

Tan inesperado suceso pudo desmoralizarlo porque no escribió más, excepto artículos periodísticos, muy espaciados, con pseudónimo o sin nombre, con criterio de estadista.

La política, vocación paralela que despertó en él antes que la de prosista, ¿lo fue absorbiendo sin que él reparara? ¿Su ambición literaria era muy alta? ¿Creyóse menos escritor que político?

También abandona las tertulias de escritores. Literatos amigos lo instan a proseguir, lo sienten suyo, vislumbran en él al buen prosador.

Con su tono definitivo Labarca responde:

—La gloria de ultratumba me deja completamente frío. De no hacer obras maestras no vale la pena escribir.

—¿Y cómo saberlo si se deja la pluma? —aduce un compañero.

Labarca sonríe.

Juega tenis para mantenerse ágil y flaco. Lo demás es apostolado diurno y nocturno: forma brigadas escautivas; lleva colonias de niños

famélicos a la playa; promueve reuniones del magisterio; va a la logia y es ya secretario de la Asamblea Radical.

Después de saborear los más bellos libros narrativos, ¿quiso ser testigo de los hechos, en bruto, cuando se producen, principalmente en el ámbito del poder?

Compone discursos para candidatos presidenciales; luego para presidentes de la república.

Si hay que exponer los fundamentos del radicalismo, a él se lo piden. En las horas difíciles enseña, orienta. Se le tiene por oráculo.

Un impulso avasallador lo ata a vistosas funciones, a cargos deslumbrantes, en que se desvanece el perfil individual.

Cuando, por primera vez, se convierte en ministro de educación, declara que se debe continuar instruyendo a los adultos, y nacen los departamentos de extensión cultural (1924).

Dos días antes de una elección debe hacerse cargo de otros ministerios, inclusive el del interior. No bien se efectúa aquélla, que ha sido tormentosa, los conservadores acúsane de haber fraguado (¿en dos días?) una gran máquina electoral, y lo hacen caer.

Pasa a la Superintendencia de Educación y organiza un congreso de maestros (1925-1926).

Es presidente reiterado de los radicales. Se le ofrecen senaturías que, por horror a las promesas, rechaza.

Preside una convención radical en Concepción. Se produce tal zagalarda que impide sesionar, que hace imposible distinguir una voz de otra. El se levanta, alza sus brazos y grita:

—¡Cállense por la Virgen Santísima!

Tan piadosa invocación obró milagro. Desconcertados, los convencionales callaron.

Su incansable actividad lo hace tropezar con un senador "pechoño", que lo acusa a él, Guillermo Labarca Hubertson, de vivir amancebado. ¿Cómo castigar tamaña injuria? Sin vacilación le envía sus padrinos.

El profesor de religión de su liceo enseña que Dios hizo el mundo en una semana. Guillermo Labarca, sin mencionar a su colega, asegura que la edad de la tierra es un secreto, como asimismo la aparición del hombre. Presume que éste descende de un ser parecidísimo al mono. Sobre el diluvio (¿qué escapatoria le deja al cura?) Labarca afirma que fueron muchos, porque figuran en leyendas de varios países, incluido el persa.

El sacerdote, indignado (¡no es ningún inválido!) lo enemista con las madres de las alumnas, lo denuncia a las autoridades y termina

por acusarlo al propio rector, deslizado otros cargos injuriosos. Guillermo Labarca le manda padrinos, fuera de presentar al rector un informe en que cita a los sabios nacionales, y de todo el mundo, que afirmaron lo que él con anticipación de un siglo y algo más. Concluye la pelea con una amonestación rectoral al eclesiástico.

Pero se alzan los militares guiados por el general Ibáñez. Obligan a dimitir a don Arturo Alessandri, se dedican a la caza de radicales y de personas inconformistas. A unos los torturan, a otros los retienen en las cárceles; varios son relegados y a dura fuerza destierran a no pocos. En el mismo trasandino va Guillermo Labarca, un tanto abatido, y cuatro vagones más atrás Carlos Vicuña impide, sólo con su verbo quemante, que un agente le baje la ventanilla.

Guillermo Labarca se queda en Mendoza.

Escribe desde allí en 1927: "...me resulta un gran consuelo saberme a un día de distancia de mi hogar. De mis andanzas de esta mañana me he formado la idea de que el comercio es activísimo, pero sólo se ven hombres, muy pocas mujeres y éstas no son ni elegantes ni bonitas, hay un mundo de diferencia con las rotitas de mi tierra".

Quizás no haya pasado un año y cuando regresa sorprende a todos que su cabellera esté blanca.

Su dedicación a la política han oscurecido su nacimiento, su vocación literaria y su oficio.

Quienes redactan diccionarios biográficos lo hacen nacer cuarenta años antes o veinte después. Los mejor informados dan por cierto que es profesor de inglés o de castellano. Sus libros no los conocen sino los escritores. Se leía entonces a franceses, rusos o ingleses. No me atrevería a censurarlo. En el siguiente cuarto de siglo, gracias a los maestros de castellano y a cierto progreso intelectual, los chilenos comienzan a leer más libros de autores nacionales que de extranjeros.

Mientras estuvo en el exilio, le quitaron las clases. ¿No era notorio que residía en Mendoza? ¿Pidió permiso para ausentarse? No. El abandono de servicio estaba claro.

Es increíble lo que puede hacer un solo hombre audaz y decidido. Si se equivoca puede ser muerto, pero el dictador primero engatusó al ejército; luego impuso un ministerio en que él figura; echa al Presidente; apresaa a los políticos y así, él solo, les entró el habla a seis millones. Conservadores, liberales, radicales, quedaron descabezados, henchidos de temor, aislados, ocultos, mudos.

¿Sería inhumano decir, en una punta de la Constitución, que se concede acción pública contra quien se erija en tirano? ¿Lo sería

que cualquier sujeto pundonoroso hiciera blanco en él con su revólver, su puñal o su hacha?

A su vuelta Guillermo Labarca ¿a qué asamblea pudo ir? No las había ni para llorar. Entonces el relapso escritor publica dos páginas autobiográficas, sabrosas.

Los literatos comentan:

—¿Se figuran lo que escribirá este hombre, cuyas experiencias son únicas?

—Acaso haga la novela del político.

—No sólo esa, sino varias en que vierta su conocimiento de la mujer.

—¿Quién se la ganaría?

—¿Hay otro escritor que sepa más de ellas?

En seguida Guillermo Labarca traduce *Chile, su tierra y su gente*, de Mac Bride. Los que le vieron hacerla, aseveran que contadas veces abrió el diccionario inglés.

Mac Bride le confiesa que ha mejorado el texto.

En dicha obra su autor ve a los hacendados con intensos resabios feudales y vaticina que, si no se mejora la condición del inquilino, vendrá una revolución agraria que dejará a la mexicana como débil ensayo. Ojalá Mac Bride carezca de don profético.

Vierte al castellano, además, *Treinta años entre las riquezas del Polo*, de Juan Welzl; *Llamado del bosque*, de Jack London, y artículos para la revista *Tres Ensayos*.

El dictador ha caído y se suceden los gobiernos. Hasta surge, ay, prematuramente, una república socialista. Si hubiera llegado madura ¡qué sentido tendría ahora la vida de chileno! En seguida manda un militar, el siguiente, el subsiguiente. Hubo uno de voz estentórea que los dominó a todos. Antes de un mes lo habían volcado y relegado a una isla en donde raro es el día que no llueve. ¿Para qué le servía allí la voz?

Los partidos se rehacían. Es de presumir que Guillermo Labarca no participó en las reuniones secretas, que servían a unos para privar del mando a los demás.

Vuelve la política a ser intérprete de opiniones colectivas. Guillermo Labarca interrumpe sus traducciones y en abril de 1939 es llamado al Ministerio de Defensa. El antiguo furriel redacta un nuevo juramento para las fuerzas armadas y suprime una palabra breve. Surge la más recia batahola. Se rezan, se gritan, se maldicen, se hablan y se publican millones de palabras. Los clérigos invocan en su contra los anatemas. ¡Es que se trata de la palabra Dios!

A fines de ese año, también en la antevíspera electoral, por quijo-tismo, por respaldar al Presidente, por llevar adelante sus ideales, acepta otras carteras y la del interior.

La gente está excitada. En todas partes se reúne, discute, clama y a veces se cruzan chopazos. Hay mucha virilidad en el ambiente. El día de la elección rebotan varias piedras, no en las cabezas acostumbradas y anónimas, sino en las de personas respetables por su riqueza. La derecha del Senado culpó de la pedrea al multiministro Guillermo Labarca. Este asiste a una sesión. Se defiende desabridamente y no sin desprecio. La derecha lo condena y cae.

Han ganado las elecciones el partido radical y los de izquierda. El escritor y político no se ciega con el éxito. "Las épocas de grandes triunfos eleccionarios son también, por desgracia, épocas de rebajamiento moral de los partidos", declara en un discurso masónico.

Sin nada obligatorio que hacer, se va a veranear en Constitución, provisionado con dos cajones de libros. Un día sí, otro no, su flaca figura asoma en la playa. ¿Cuánto tarda en verse rodeado de mujeres? Ni un cuarto de hora. Es que a labia no se la ganaba ninguno.

Llámanle a grandes cargos: pasa por el control de cambios; asume la alcaldía capitalina y fija el plano regulador. Impulsa a su logia al examen de la condición proletaria. Es el eje de los conciliábulos. Dirige largamente una caja de previsión y hace plantar 26 millones de pinos.

Sumérgese en la más variada actividad al servicio del poder, rica en imprevistos, superior en realismo a la mejor novela de acción, pero destinada, junto con nacer, al olvido.

En esa tarea múltiple que concluye cada día, sin que a menudo trascienda, lo halla, no ya la dictadura del general Ibáñez, sino el gobierno legal de éste. Guillermo Labarca se retira.

¿Qué hace entonces? Lee de preferencia a ingleses y norteamericanos; conversa; a solas oye música tardes enteras; va al cine.

No temía enjuiciarse sin piedad: "En cuanto a mí la vida me ha tratado con benignidad extrema —confiesa ante sus Hermanos del Valle—, pues creo de buena fe que soy hombre mediocre que ha realizado tesoneramente su peregrinaje".

Quejábase de su mala memoria. Mas, al internarse en la historia francesa, fluían de su charla detalles remotos, prolijos, y al venirle la emoción de la edad moza, sin grave alteración repetía diálogos y hasta capítulos de la obra que otrora lo cautivó: *Los Tres Mosqueteros*.

Alguna vez dijo, seguro: "cuando me sienta a la orilla del camino, probablemente no será para descansar, sino para morir".

Rememorando su vida expresó: "...de no haberme casado con Amanda sería un bohemio".

No le interesó el dinero ni la figuración, a pesar de que fuera un poderoso mandamás casi hasta su fallecimiento (6 de noviembre de 1954).

En la adolescencia vio claramente su camino: su pasión por la historia lo hizo profesor. La rebeldía, acaso también el orgullo, lo llevó al radicalismo y a la concepción materialista de la vida.

Sus discursos en la logia, sobre todo en su edad madura, denunciaban su anhelo de mejorar el nivel del pueblo.

Lo que hizo en política, en cincuenta años de consagración, se va borrando. Es la suerte de la tarea anónima. Quizás en unos pocos lustros, a lo más pueda decirse que fue un político, sin saber si lo que hizo fue positivo, ni menos en qué consistió, pero los jóvenes que pasan por los liceos, y los que leen por gusto, sabrán que escribió *Mirando al Océano*, obrita maestra que lo convierte en un clásico chileno.